

do, entregadla en manos de los partidos; y en vez de daros refugio, os dará muerte.

(Del discurso pronunciado en defensa de «El León Español» el día 27 de Noviembre de 1855, ante el Jurado.)



IV

NADIE puede poner en duda que España es la nación más democrática de Europa, y que la institución democrática de España es el municipio, y que la fuerza del municipio fué su milicia. Atended á mi idea. ¿Qué es la Milicia Nacional? El pueblo armado, con esta ó la otra organización. ¿Y habéis parado vuestra atención á considerar los servicios del pueblo armado? En la Edad Media los ardorosos hijos del Sol, adoradores hijos de Alá, domeñaron el África, y atravesando el Estrecho, convirtieron, después de haber enrojecido con española sangre las aguas del Guadalete, nuestra patria en templo del Profeta, las hermosas ciudades en sultanas de sus serrallos, los floridos campos en mentido edén que les prome-

tía su esperanza, los altos montes en sepulcro de los cristianos; y embriagados con los vapores del festín de la victoria, durmiéronse al arrullo de nuestras auras; á la sombra de nuestros árboles, soñando, voluptuosamente desvanecidos por los perfumes de nuestra oriental naturaleza; y el pueblo, nuevo Viriato, empuñó su lanza, y turbó aquel dulce sueño, llevando á los conquistadores la muerte en la punta de su espada, ahuyentándolos con la sombra sólo de sus banderas municipales, y quebrantando con heroico esfuerzo y con sin par constancia las oprobiosas cadenas de la madre patria.

Díganlo las Navas, que vieron á las milicias de los concejos de Soria, de Medinaceli, de Toledo, de Cuenca y de otros innumerables pueblos, hundir la guerrera lanza en el pecho del árabe enemigo; díganlo Jaén y Córdoba, que presenciaron el ardimiento de esas valerosas legiones, cuyo esfuerzo quebrantó las cadenas de oro que las tenían cautivas y sujetas al carro del vencedor; dígalo el ángel de nuestras glorias, que cuenta á los siglos cómo este pueblo llevó á cabo, auxiliado de su fe, gigantescas empresas, re-

conquistando el patrio suelo, y cómo logró coronar con los rayos de oro del arte de sus hazañas en sus romances, siendo á un tiempo mismo, por valeroso, nuevo Aquiles, y por poeta, nuevo Homero.

(Del discurso pronunciado en defensa de «La Soberanía Nacional» ante el Jurado en el año de 1856.)